



000166575 6118 1966

# almuerzo con neruda, recordando

Por Poli Délano

Alrededor de la generosa y siempre cordial mesa de Raúl Estrada y Leticia Vigil, chocamos copa con copa. El motivo es saludar al novelista argentino Bernardo Kordon, viejo amigo, quien ha venido con Marina, su compañera, a la Feria del Libro. Los conmensales: Agata Gilgo, Silvia Soto, Alfonso Calderón, Fernando Alegria y Antonio Aviana. De pronto, entre anécdotas y recuerdos de toda índole, el tema se le toma y acapara Neruda, que va pasando de un cuento a otro como el "ovno el anito", mientras el almuerzo entera empieza a poblarse de sabrosas historias que saltan el tiempo de un año a otra década, y la geografía de un continente a otra comarca, y se vuelven a fijar en risas, evocaciones y nostalgias. Todos tienen algo sabroso que decir, algo que de seguro los demás no conocían: que la casa con sorpresa es La Manque (Normandias), con eso y caviar recién traído de Moscú, que la somnolenta de Nicolás Guillén cuando sugiere el nombre de Confieso que he bebido, en lugar del que iba a las Memorias, y las preocupaciones de Rafael Alberti, porque la broma se la han achacado a él; que las acusaciones de bigamia cuando el tristemente célebre González Videla—"pequeño vampiro, vil y encamizado"—fizo traer a Maruca, la primera esposa de Neruda, para detener un escándalo; que las veladas en Madrid, en "Casa de las flores", con Facundo, Miguel Hernández, Manuel Altolaguirre, el "Cabaño verde para la poesía", o las divertidas bromas a costa del carácter distraído de la Hornequita en los pueblitos de México. Las anécdotas van y vienen, suben y bajan, y resulta, entonces, que Neruda está muy sumamente vivo en esa mesa, vibra, rie, disfruta los sabores, brinda, pesa con humor y mordacidad, pide que le reciten poesías cursas para enriquecer su colección, cuenta chistes y asegura que entre todos los escritores políticos que lo apasionan, James Hadley Chase es el más genial armador de argumentos. Los recuerdos se aglomeran, y en una de esas puestas que tengo que escribir esta nota cerrada en las Memorias y pienso en aquellas memorias donde se han fijado la infancia lluviosa de la Araucanía y los

ojos de la Guillermina y la ternura de la mamá, y las incursiones curiosas y apasionadas de un joven provinciano que llega a la ciudad, donde no tarda en describir la verdadera bohemia y la gran amistad, y las navegaciones de esas zonas tan remotas del mundo, donde la soledad y el aislamiento le van moizando la pluma, y el dolor de España, de una guerra que comienza para Neruda con el asesinato de Urpoeta, la sangre por las calles, que ponen violento fin a una época creativa de alegres tentadas poesías, músicos, penseros, disfrutan de la vida, gritan y rien hasta el desfraz, de el canto nerudiano empuerndur rutas más claras para alcanzar los oídos de todos, o de los más: los recordos por "las altas costas acantiladas" de México y las expediciones al centro del color de los grandes pinos que se han propuesto no dejar un solo muro libre de historia. Puedo recordar a Pablo registrando en la vieja Lagunita el precio de un naufragio o acariando sensualmente un viejo mapamundi, o decidiendo si se compra o no un canguru embalsamado; puedo venir cheirando sangre cuando en Cuernavaca le parieron la cabeza unos alemanes nacistas, deprimidos por los reveses que sus tropas sufrían en Stalingrado; puedo retener el brillo que se le escapa de los ojos ante la posibilidad de un cabrito al horno. Y todo esto pasa como una película, entre anécdotas y anécdotas, durante un almuerzo. Entonces se me ocurre que lo que estamos haciendo son también las Memorias de Neruda, que es él quien cuenta a través de nosotros muchas cosas que se le escaparon a su recuerdo cuando tomó la pluma para emprender el largo viaje de Confieso que he vivido. Las parpocas, los viajes y trotes por el mundo, la amistad de tantos escritores de aquí y allá que compartieron años de aventuras y de afecto: Rubén Audoar, Tomás Lago, Luis Enrique Délano, Francisco Coloane, José Revueltas, y Juan de la Cabada. Y cuando releo Confieso que he vivido y no los encuentro por ninguna página, no están, me permito suponer que las memorias de Neruda las estamos haciendo, también, entre muchos cada día, contando, recordando, transmitiendo, grabando y también escribiendo notas como ésta.



Pablo Neruda, a los dos años de edad, Temuco, 1906



Comenzaré por decir, sobre los días y años de mi infancia, que mi único personaje inolvidable fue la lluvia. La gran lluvia austral que cae como una catarata del Polo, desde los picos del Cabo de Hornos hasta la frontera. En esta frontera, o Far West de mi patria, nací a la vida, a la tierra, a la poesía y a la lluvia. Por mucho que he caminado me parece que se he perdido ese año de lover que se ejecuta como un poder temble y suelto en mi Araucanía natal. Llovía meses enteros, años enteros. La lluvia caía en hilos como largas aguas de vidrio que se rompían en los techos, o llegaban en días transparentes contra las ventanas, y cada casa era una nave que silenciosamente llegaba a puerto en aquel océano de invierno. Esta lluvia fría del sur de América no tiene las rachas impetivas de la lluvia caliente que cae como un látigo y pasa dejando el cielo azul. Por el contrario, la lluvia austral tienen paciencia y continúa, sin término, cayendo desde el cielo gris. Fíjeme a mi casa, la calle se convirtió en un inmenso mar de lodo. A través de la lluvia veo por la ventana que una cámara se ha empantanado en medio de la calle. Un campesino, con manta de castilla negra, hoesiga a los bueyes que no pueden más entre la lluvia y el barro. Por las veredas, pisando en una piedra y en otra, contra frío y lluvia, andábamos hacia el colegio. Los paraguas se los llevaba el viento. Los impermeables eran caros, los guantes no me gustaban, los zapatos se empapaban. Siempre recordaré los calcetines mojados junto al brasero y muchos

zapatos echando vapor, como pequeñas locomotoras. Luego venían las inundaciones, que se levaban las poblaciones donde vivía la gente más pobre, junto al río. También la fiebre se sacudía, temblorosa. Otras veces, en la cordillera asomaba un penacho de luz tómbolo: el volcán Llama despertaba. Temuco es una ciudad plénea, de esas ciudades sin pasado, pero con temerarias. Como los indios no sabían leer, los temerarios ostentaban sus notaciones entocadas en las calles, un inmenso sermicho, una olla gigantesca, un cantado (código), una cuchara antártica. Más allá, las zapaterías, una nota oscura. Si Temuco era la avanzada de la vida (chilena en los territorios del sur de Chile, esto significaba una larga historia de sangre. Mis padres llegaron de Parral, donde yo nací. Ahí, en el centro de Chile, crecen las viñas y abunda el vino. Sin que yo lo recuerdo, sin saber que la miel con mis ojos, muró mi madre doña Rosa Bialobato. Yo nací el 12 de julio de 1904 y, un mes después, en agosto, agotada por la tuberculosis, mi madre ya no existía. La vida era dura para los pequeños agricultores del centro del país. Mi abuelo, don José Anjos Reyes, tenía poca tierra y muchos hijos. Los nombres de mis tios me parecían nombres de príncipes de reinos lejanos. Se llamaban Arnón, Osén, José, Abeladas. Mi padre se llamaba simplemente José del Carmen. Salí muy joven de las tierras paternas y trabajé de obrero en los diques del puerto de Talcahuano, terminando como ferroviario en Temuco.

**DOMINGO** 18 DE DICIEMBRE 1966  
Director: Aberto Garbosa  
Editor: Isabel Alvarez  
Diseño: Carlos Urra y  
Rosario Luján

## **AUTORÍA**

Délano, Poli, 1936-2017

## **FECHA DE PUBLICACIÓN**

1988

## **FORMATO**

Artículo

## **DATOS DE PUBLICACIÓN**

Almuerzo con Neruda, recordando [artículo] Poli Délano. retr.

## **FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## **INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

## **UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile